

# La Enseñanza de la Redacción en el CCH

En el verano de 1980 inicié mis actividades como profesor del Área de Talleres del Colegio de Ciencias y Humanidades. El primer problema con el cual me enfrenté, así, de entrada, fue que, de pronto, me convertía en profesor del Taller de Redacción I y II.

Al revisar los programas encontré, como objetivo general, el manejo idóneo de la lengua escrita y la expresión oral.

Los programas señalan y sugieren algunas actividades; por ejemplo: a partir de un texto hacer diversos comentarios referentes a la ortografía, a la sintaxis, al vocabulario . . .

Estos programas indican el qué, pero no el cómo. Descubrir el cómo ha sido mi preocupación principal.

En aquellos momentos, volví los ojos a mi pasado, a mi experiencia como estudiante del Colegio de Ciencias y Humanidades. Busqué, en el archivo de mis recuerdos, las actividades y experiencias que, nueve años atrás, había tenido como estudiante del Taller de Redacción. No encontré casi nada. Es más, ni siquiera vi que el

ejercicio de la redacción hubiera sido una práctica constante en el salón de clase.

Ante el asombro de esta situación, empecé a preguntarme qué hacer para enseñar a mis alumnos a redactar. La respuesta, la solución a este enigma fue, perdónenme, muy simple: escribiendo. La única forma efectiva para aprender a escribir, es escribiendo. ¿Y escribir qué? o ¿acerca de qué?

En el azoro del primer momento no sabía qué debían escribir mis alumnos. Fue entonces cuando el relámpago de un recuerdo me iluminó: años atrás, una colega me había sugerido un ejercicio: “Si yo fuera . . .” En este ejercicio el alumno debe imaginarse lo que haría en caso de ser un personaje importante, un animal o un objeto. Y, por medio de este ejercicio, los alumnos escribieron textos como los siguientes: “Si yo fuera un león, me gustaría estar rodeado de muchas leonas” o, “Si yo fuera una monedita de veinte centavos, me gustaría servir a mucha gente para que hablara por teléfono, ya que así me podría enterar de la vida de muchas personas . . .”

Pero muy rápido se me consumió el ejercicio. Y, fue entonces, cuando del fondo de mi angustiada imaginación, brotaron: “Las delicias de . . .”, “Página de un diario”, “El sendero luminoso”, “Ventanal”, “El espacio del asombro”, “El portón”, “El baúl”, “La cita” y muchísimos ejercicios más.

Al estar practicando una y otra vez estos “juegos”, al estarlos repitiendo y leyendo, surgieron nuevas ideas e inquietudes.

La idea más importante fue la evidencia, cada vez más clara, de que al solicitar a mis alumnos que realizaran prácticas como “La metamorfosis”, que consiste en pedir al alumno que se imagine en una situación idéntica a la vivida por el personaje de Kafka, lo que estaba haciendo era accionar en ellos ese resortito mágico, íntimamente llevado por todos: la proyección.

Sí, la proyección en su más amplio sentido. Porque al escribir lo que hacemos es proyectar los rasgos más profundos de nuestro ser, así como nuestros sentimientos, nuestras emociones y nuestras ideas. En síntesis, nuestra actitud ante el mundo, ante la sociedad, ante el hombre y ante el universo.

Cuando esta idea quedó clara y nítida, me sentí feliz. Sabía qué botón accionar para que mis alumnos dieran el primer paso, e incluso descubrieran, no sin asombro, su capacidad imaginativa. Jaime Bernal Fernández en un examen mensual escribió lo siguiente:

#### LAS DELICIAS DE . . . ESCRIBIR

Al instante, percibo una sensación de artista al estar escribiendo y contestando mi examen siento el placer de agrandar y convencer con mis palabras

plasmadas en el papel que están mejor organizadas y pensadas que las que expreso oralmente.

Estoy escribiendo y prácticamente dibujando signos que dicen algo a los demás y voy poniendo colorido a mi escritura, pintando cuadros con sólo una pluma y un papel.

A la hora de transcribir un mensaje me sería imposible copiarlo textualmente, ya que tendría la necesidad de darle más vivacidad a ese mandato u orden.

Veo en mis palabras, un teatro, un cine, donde los actores son las letras y están dando un espectáculo a todo aquel que lee mis composiciones y lo están haciendo llorar, reír, amar.

Esta delicia que siento al escribir la han sentido otras personas y han gozado al dibujar y cambiar una vida con sólo unos símbolos que parecen muertos, pero que a diario siguen y seguirán convenciendo, persuadiendo, haciendo vivir y salvando vidas espirituales.

Al tener en mis manos los textos calientes de mis alumnos, surgieron nuevas inquietudes, ya que éstos presentaban fallas o errores en la caligrafía, en el vocabulario, en la puntuación, en la sintaxis, en la ortografía . . . en todo. ¿Cómo abordar tantos y complejísimos problemas como puede presentar un texto? ¿Señalarlos y estudiarlos conforme se fueran presentando, o sistemáticamente?

Para salvar estos nuevos obstáculos había dos caminos: uno, el de la casualidad y el del capricho; y, otro, el de la sistematización.

Ante estas alternativas, me decidí por la segunda. Así pues, me entregué a la tarea de jerarquizar el estudio de las diversas disciplinas de la lingüística, sin olvidar la práctica.

Inicié entonces, en el salón de clase, la investigación y el repaso sistemático de la caligrafía, de la ortografía, de la gramática, del estudio de los

errores más frecuentes en la redacción, de los recursos estilísticos más elementales, de la historia de la lengua, de la lectura en voz alta de algunos creadores significativos, de los fundamentos de la etimología, de la lexicografía . . . Todo esto, sin olvidarme de que mis alumnos siguieran escribiendo clase tras clase.

Mi propósito, al abordar el estudio de tantos aspectos de la lengua, no era llenar a mis alumnos de conocimientos, sino el de dotarlos de diversos instrumentos que les permitieran realizar el análisis crítico de sus propios textos o de los ajenos.

La práctica, el contacto diario con los textos creados por mis alumnos, me fue indicando cuáles eran sus necesidades y, también, me iba revelando la manera de guiarlos en la búsqueda y obtención de los conocimientos que, creía, necesitaban para analizar solos sus escritos.

Hasta aquí, el trabajo me dejaba más o menos satisfecho: mis alumnos sabían qué aprender y sabían para qué aprendían lo que les enseñaba, o lo que juntos descubríamos. Yo tenía parámetros muy claros para evaluarlos.

Pero el año pasado, en el período interanual, en el curso “Integración al proyecto educativo del CCH”, surgió un nuevo problema.

Una de las actividades de dicho curso consistió en escuchar la conferencia “Metodología de la enseñanza media superior”, de Rafael Velázquez. Fue a partir de dicha conferencia cuando se clavaron en mí varias interrogantes: ¿Qué método estoy empleando para enseñar a redactar?, ¿cómo se llama?, ¿cuáles son sus pasos? ¿existe ese método?

De pronto me di cuenta de que no sabía cual método empleaba y, entonces, me entregué a la

tarea de reflexionar e investigar acerca de dicho método, así como a descubrir cuáles eran sus pasos más importantes.

Después de mucho revisar mi experiencia, llegué a las siguientes conclusiones:

- En primer lugar, descubrí que había venido empleando un método inductivo, al hacer que mis alumnos partieran de su experiencia y descubrieran, en sus propios textos, sus deficiencias.
- En segundo, al pedirles investigaciones acerca de las teorías de los enunciados, de la estructura de la oración, empleaba un método deductivo.
- En tercero, al aplicar sus conocimientos teóricos de la lengua, empleaban la función metalingüística, consistente en estudiar la lengua, con la lengua misma.
- Y, en cuarto, hacía que también utilizaran los tres principales pasos del método científico, cuando les indicaba que observaran y analizaran sus textos para localizar problemas y que, además, les buscaran solución.

Ahora, después de haberme detenido a exponer sistemáticamente mis experiencias, concluyo que he encontrado el *cómo* enseñar la redacción. Este *cómo* consiste en accionar en el alumno el mecanismo psicológico de la proyección para que creen un texto; en aplicar los métodos inductivo y deductivo; en emplear de manera consciente la función metalingüística de la lengua y, en síntesis, hacer uso del método científico.

Aplicando lo expuesto he logrado que mis alumnos sean capaces de escribir textos como el

siguiente, en el que Fabián Ortiz Soto se lanza a imitar y a revitalizar el estilo de Homero:

Canta, oh Virgen de Talpa, la desgracia del magnánimo John Lennon (igual a un dios); desgracia que causó infinito pesar a toda la faz de la Tierra y precipitó un alma traicionera a la cárcel, desde que se soltaron disputando, Adams, matador de hombres, y el divino John Lennon.

¿Cuál de los Santos promovió entre ellos la contienda para que pelearan? San Pedro, airado con el gran escarabajo, suscitó maligna peste en la mente de Adams, nublándola cada vez más y más hasta quedar completamente loco, cual león que resbala de la roca sobre la cual se encuentra y su cabeza choca contra el tronco de un árbol; el león corre por el bosque sin darse cuenta a dónde va; de igual manera se precipitó Adams por los lugares más so-

litarios existentes, hasta llegar a una casa desconocida para él.

En la casa se encontraba John Lennon, caro a Jesucristo. La Virgen de Guadalupe aconsejóle que no saliera, más San Pedro persuadióle de que lo hiciera y así lo hizo.

Al salir a la puerta, Adams dejósele ir encima. Como un león que sin importarle los pastores cae sobre la oveja destrozándole la cerviz. De igual forma lo hizo Adams: Cayó sobre John Lennon y destrozóle el ancho pecho, hundiéndole en el corazón puntiaguda daga. Caído John Lennon, el de larga cabellera, su alma le abandonó para ir a lo más profundo de los infiernos. (CUMPLASE LA VOLUNTAD DE DIOS; TAL ES SU ANTOJO).

JOSE ALFREDO HERNANDEZ  
MAQUEDA  
Plantel Vallejo